

encargados de informar contra los hereges hablarán á la Linda Doncella de Perth en Kinfauns; porque esta hermosura huraña es refractaria sobre las doctrinas de la Iglesia, y hubiera yo querido por cierto llevara el caballero su parte en las multas y confiscaciones que debian hacerse. Los frailes no hubieran llevado á mal tenerle entre sus uñas, por que muchas veces ha tenido disputas con ellos en cuanto al diezmo del salmon.

— Pero ¿por qué hubieras tú querido arruinar al caballero, y acaso llevar á la hoguera una muchacha joven y bonita?

— ¡Bueno, milor! Los frailes nunca queman á las jóvenes bonitas. Una vieja hubiera corrido algun riesgo. Pero en cuanto á milor preboste, como le llaman los ciudadanos de Perth, si le hubieran cercenado algunos estadales de tierra, hubiera reparado en algun modo el trato que me hizo en la iglesia de San-Juan.

— Esa venganza, Ramorny, me parece muy baja.

— No lo creais así, milor. El que no puede usar de su brazo para hacerse justicia, debe

recurrir á su cabeza. Además que esta suerte me la quitó el concienzudo Douglas que se declaró en favor de las conciencias timoratas. Entonces el viejo Henshaw no halló ningun obstáculo en llevar á la Linda Doncella de Perth á Falkand, no para participar del fastidio de lady Marjory, como piensa ella; y tambien sir Patricio Charteris, sino para impedir que Vuestra Alteza se fastidie en el castillo despues de haber cazado en el parque.

Pasóse un largo espacio de tiempo en silencio, durante el cual pareció que el príncipe reflexionaba profundamente. — Ramorny, dijo por fin, tengo un escrúpulo sobre este asunto; pero si te le declaro, el demonio del sofisma de que te hallas poseido, te inspirará discursos que le harán desaparecer, segun ha sucedido ya. Esta muchacha es la mas hermosa que jamás he visto ni conocido, excepto una, y yo la estimo mucho mas porque tiene algunas señas de Isabel Dunbar. Pero Catalina Glover está prometida en matrimonio, debe casarse en breve con Enrique el armero, artesano sin igual en su profesion, y hombre de armas tal que se tar-

daria mucho tiempo en hallar otro como él. El acabar del todo esta intriga seria injuriar atrozmente á este bravo mozo.

— Vuestra Alteza no debe esperar tome yo con mucho ahinco los intereses del armero Smith; dijo Ramorny mirando su brazo mutilado.

— ¡Por el aspa de San Andrés! John Ramorny, que te acuerdas demasiado de tal incidente. Hay gentes que meten la cuchareta en todo; pero tú siempre has de meter toda entera tu sangrienta mano. El daño ya está hecho, él es irremediable, con que lo mejor es olvidarle.

— Mas veces haceis vos alusion que yo, mi-lor, por irrision, es cierto; en tanto que yo.... Pero puedo guardar silencio sobre esto, aunque me es imposible olvidarlo.

— Pues bien; yo te digo: escrupulizo con respecto á esta intriga. ¿Te acuerdas, que cuando fuimos á oír un sermón del padre Clemente, ¿ó por mejor decir, cuando fuimos á ver á esta bella herege, habló el padre de un modo casi tan penetrante, como un trovador, del rico que roba la única oveja del pobre?

— ¡Desgracia por cierto la mayor del mundo que el hijo primogénito de la muger de este ganapan tuviera por padre al principe real de Escocia! ¿Cuántos condes desearian el mismo destino para sus bellas condesas? ¿Cuántas gentes han tenido la misma buena fortuna, sin haber perdido ni una hora de sueño?

— Y si me es permitido tomarme la libertad de hablar, dijo Dwining, las leyes antiguas de Escocia concedian á todo señor feudal este privilegio sobre sus vasallas, aunque muchos por codicia, poca nobleza de alma, le hayan renunciado por el dinero.

— No necesito yo de muy urgentes argumentos para resolverme á galantear, y mas cuando se trata de una buena moza; pero esta Catalina me ha mostrado siempre indiferencia.

— Por vida mia, dijo Ramorny, que si vos, joven, buen mozo y principe no sabeis haceros querer de una linda muchacha, ya no hay mas que decir.

— Y si yo pudiera, sin que se tuviera por audacia desmesurada, volver á tomar la palabra, dijo el médico, añadiría: nadie ignora en

Perth que nunca esta joven ha hecho elección de este Gow, y que su padre es quien la fuerza para que le acepte por marido. Yo sé, como muy al caso, que ella le ha despreciado en varias ocasiones.

— Si tú puedes asegurarnos ese hecho, el negocio muda ya de aspecto, dijo el príncipe. Vulcano era herrero como Enrique Gow. Se obstinó en casarse con Venus, y nuestras crónicas nos enseñan lo que resultó.

— Y bien, dijo sir John Ramorny, ¡pueda lady Venus vivir y ser adorada largo tiempo, y tenga buen éxito el galán caballero Marte que se dispone á cortejar su divinidad!

Continuó la conversacion por algunos minutos con tal alegría que rayaba en locura sobre tales alusiones; pero no tardó mucho el duque de Rothsay en tomar otro tono.

— He dejado á mi espalda el aire de mi prision, dijo él, y con todo no puede acabar de renacer mi gozo. Estoy abatido con aquella especie de languidez que tiene algo de melancólica sin ser desagradable, y que se experimenta cuando se halla uno cansado por ejercicio

ú satisfecho de placeres. Un poco de música, que se deslizara en los oídos, con tal que no fuera por alto, á fin que no me hiciera levantar los ojos, seria para mí una fiesta digna de los dioses.

— Vuestra Alteza no tiene mas que declarar sus deseos, dijo Ramorny, que luego las ninfas del Tay le serán tan propicias, como las que moran sobre la faz de la tierra. ¡Oigamos. ¡Un laud!

— ¡Un laud! dijo el duque de Rothsay al oírle, y le tocan divinamente. Quisiera recordarme de aquella cadencia que parece huírse nos. Avanza la barca hácia la parte de donde viene la música.

— Es el viejo Henshaw que remonta el rio, dijo Ramorny. ¡Ola! barquero!

El barquero obedeció á esas voces arrimándose á la barca.

— ¡Oh, oh! mi amiga antigua, dijo el príncipe habiendo reconocido á Luisa, la cantora provenzal. Creo que te debo algo á lo menos por el susto que te causé el día de San-Valentin. Pásate á esta barca tú, tu perro, tu laud y

todo cuanto tengas. Yo te pondré á servir con una señora, que mantendrá tu perro con pechugas de capon, y á tí te dará de beber cuanto vino de Canarias te acomode.

— Yo pienso, dijo Ramorny, que Vuestra Alteza tendrá presente....

— Nada mas que mi gusto, John, y te pido tengas la complacencia de procurármele tú tambien.

— Y es cierto quereis ponerme á servir con una señora, dijo Luisa. ¿Y dónde vive?

— En Falkland, respondió el príncipe.

— ¡Oh! yo he oido hablar de esa gran señora, dijo Luisa; y ciertamente ¿vos me hareis entrar á servir á vuestra esposa real?

— Lo haré sobre mi palabra, respondió el príncipe, — tan luego como yo la conozca en calidad de tal, anadió en voz baja.—Notad bien esta reserva, dijo él á parte á Ramorny.

Los pasajeros al oír esta conversacion, concluyeron debía verificarse una reconciliacion entre el príncipe y su esposa; por lo cual aconsejaron á Luisa se aprovechara de su buena fortuna, y aceptara un destino entre las criadas

de la comitiva de la duquesa de Rothsay. Algunos le ofrecieron un pequeño tributo como recompensa del ejercicio de sus talentos.

En este intervalo, Ramorny dijo al oído á Dwining:— Vamos, tunante, discurre algun obstáculo. Esta adición esta por de mas. Apura tu discurso en tanto que yo voy á decir una palabra á Henshaw.

— Si me es permitido hablar, dijo Dwining, os diria, milor, como quien ha hecho sus estudios en España y en Arabia, que se ha declarado existir en Edimburgo una enfermedad contagiosa, y que seria muy peligroso admitir cerca de sí á una muger que recorre todo el pais.

— ¡Ah! respondió Rothsay; ¿qué te importa quiera yo envenenarme por la peste, ó por un boticario? ¿Es tambien del caso que tú te opongas á mis fantasías?

En tanto que Rothsay concluyó con las advertencias de Dwining, sir John Ramorny se aprovechó de un instante para saber de Henshaw, que ignoraba completamente hubiese partido la duquesa de Rothsay de Falkland,

y que Catalina Glover llegaria en la misma tarde ó en la mañana siguiente con la esperanza de que la noble dama la tomara bajo su proteccion.

Abismado el duque de Rothsay en sus reflexiones, recibió esta noticia con tanta frialdad que Ramorny se tomó la licencia de hacerle una reflexion.

— Vos deseabais la libertad, le dijo él, ya la teneis. Suspirabais por la hermosura, y os espera, sin otra dilacion que la precisa para que sean mas apreciables sus favores. Aun vuestros antojos mismos parecen una ley que debe cumplir el destino, porque gustabais de música, en tiempo que parecia imposible buscarla, y al instante se pone á vuestra disposicion una cantora con su laud. Debemos saber gozar de los dones que nos presenta la fortuna de tal modo, y si no lo hacemos así vendremos á ser como los niños mimados, que rompen y tiran lejos de sí los juguetes mismos por cuya posesion lloraban un momento antes.

— Para gozar del placer, Ramorny, es necesario haber conocido los trabajos, lo mismo

que conviene ayunar para tener buen apetito. Nosotros que todo lo podemos tener, no gozamos de ello sino muy poco cuando ya lo poseemos. — ¿ Ves esa nube densa que amenaza inundarnos? pues me parece que me sofoca. — El agua me parece turbia y negra; las orillas del rio han perdido para mis ojos toda su hermosura.

— Perdonad á vuestro criado, milor; pero os abandonais demasiado á vuestra imaginacion, como un ginete poco diestro deja encabritarse al caballo fogoso hasta que dé en tierra con él y le aplaste. Sacudid ese letargo, os lo suplico. — ¿ Diré á la cantora que os dé un poco de música?

— Sí, que cante, — pero algo melancólico; los sonidos alegres no tendrian para mis oidos armonia en este momento.

Luisa comenzó una cancion melancólica en francés-normando; y un aire no menos triste acompañó la letra de que aquí se presenta imitacion.

Podrás un suspiro hacernos oír,
Aun contemplar la bella praderia,

El cielo y ribera florecida ;
 Pero tu vida se va á consumir
 Debes morir.

Sumisa á la muerte , ya sin gemir
 Aun tu sangre por la arteria gira ;
 Mas si el monge por tí ora y suspira,
 ¿ Oye como tocan? pues quiere decir
 Vas á morir.

Resignado sufre el fin de la suerte.
 Él es un penar muy corto y ligero.
 Es un calofrio vivo y pasajero :
 Ya no temerás un dolor mas fuerte.
 Que la misma muerte.

El príncipe no hizo particular atención á la letra de la cantora; Luisa, obedeciendo á las órdenes de Ramorny continuó de tiempo en tiempo cantando. Por la tarde comenzó á llover. Al principio no fué cosa mayor, pero acabó por llover á cántaros, y además acompañó á la lluvia un viento muy frío. El príncipe no tenia capa ni nada con que cubrirse, y despreció con enojo la de Ramorny cuando se la ofreció.

— No conviene que Rothsay se ponga vuestra ropa vieja, sir John. — Esta nieve derretida

me hiela hasta los tuétanos. Vos teneis la culpa. ¿Por qué os habeis atrevido á partir sin aguardar á mis gentes y mi equipage?

Ramorny no trató de justificarse; porque sabia muy bien que cuando el príncipe se mostraba enfadado, preferia el quejarse, al oír se le queria cerrar la boca con excusas. Rothsay, unas veces continuaba quejándose, y otras guardaba un profundo silencio, hasta que llegaron á un lugar llamado Newburgh, habitado por pescadores. Allí dejaron la barca nuestros viajeros, y tomaron caballos, que Ramorny habia cuidado de apostar muchos dias antes esperando esta ocasion. El príncipe conservó su mal humor, criticó su montura, tampoco dejó libres la de los otros, y se desahogó con los sarcasmos duros y picantes, que de vez en cuando dirigia contra Ramorny. Finalmente se pusieron en camino. Se aproximaba la noche y no escampaba. Rothsay iba el primero, ciego para toda especie de peligro. La cantora, que por su orden expresa iba en un caballo, los acompañaba, y fué para ella una fortuna el estar habituada tanto á sufrir las in-

jurias del temporal, como á viajar á pie y á caballo, pues por ello tuvo toda la firmeza para tanto como los hombres, en esta fatiga de la carrera nocturna. Ramorny se vió precisado á mantenerse al lado del príncipe, todavía con mucho desasosiego por si algun nuevo antojo le movia á separarse de él, buscando abrigo en casa de algun baron leal, y que lo-grase por este medio huir del lazo que le tenia prevenido. Pasó pues lo restante del camino en tormentos inexplicables de cuerpo y espíritu.

Entraron por último en la floresta de Falkland, y la luz de la luna que se manifestaba por un instante, les hizo ver la sombría y enorme torre, como una dependencia que era de la corona, aunque se le habia dado por cierto tiempo al duque de Albany. Habiendo dado la señal se bajó el puente levadizo, brillaron las hachas en el patio y se presentaron varios criados. Ayudaron al príncipe á echar pie á tierra, y se le hizo entrar en un cuarto donde le siguieron Ramorny é Dwining. El primero le suplicó tomara los consejos del médico. El duque de Rothsay no quiso hacer nada

de lo que le dijo, y mandó con altivez se le preparase su cama. Estuvo por algun tiempo tiritando cerca de un gran fuego sin quitarse los vestidos mojados, y se retiró á su cuarto, sin hablar á nadie ni una palabra.

— Ya ves el humor fantástico de ese joven, de ese muchacho, dijo Ramorny á Dwining. ¿Te sorprenderás de que un servidor que ha hecho por él, todo lo que yo tengo hecho, esté ya cansado de tal amo?

— No por cierto, respondió Dwining; este motivo y la promesa del condado de Lindores desquiciarían la fidelidad mas acendrada. — Pero ¿comenzaremos á trabajar con él esta noche misma? Si sus ojos dicen la verdad lleva en su corazon el germen de una fiebre, que facilitará mucho mas nuestra obra, y que lo recargará todo sobre la naturaleza misma.

— Es una ocasion perdida, dijo Ramorny; pero no conviene demos el golpe hasta que haya visto esta hermosura de Catalina Glover. Podrá despues servir de testigo para declarar que le ha visto en buena salud, y señor

de todas sus acciones, poco tiempo antes que.... ¿me comprendes?

Dwining hizo una seña de afirmacion y respondió :

—No se ha perdido tiempo. No es difícil destruir una flor lacia por haber florecido demasiado temprano.

CAPITULO XXXI.

Es un sugeto en verdad
Sin vergüenza enteramente
Dado lo mas altamente
A la gula é impiedad
De los goces criminales :
Pocas cosas de la tierra,
Como sus damas no fuera
O compañías carnales ,
Hallan favor á su vista ,
A no ser los bebedores
Los bajos aduladores
Tomados de cualquier lista.

BYRON.

Al dia siguiente por la mañana habia cambiado el humor del príncipe. A la verdad se quejaba por lo que sufría, y de tener calentura ; pero sus padecimientos no solo no le agobiaban , sino que parecian servirle de estimulantes. Trataba con familiaridad á Ramorny,